

Bibliotecología y ruptura epistemológica

HÉCTOR GUILLERMO ALFARO LÓPEZ

Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas,

UNAM, México

Este tipo de eventos sean seminarios, coloquios, congresos u otros de índole semejante, ya sean a nivel regional, nacional o internacional, tienen un objetivo inmediato: mostrar las investigaciones que se llevan a cabo sobre distintos aspectos y temas de la bibliotecología (y como también en el presente evento que nos reúne, la documentación). Esto hace que tales eventos se conviertan en algo así como un escaparate en que se muestra el grado de avance del conocimiento bibliotecológico, pero también de una u otra forma el nivel de desarrollo del campo bibliotecológico en su conjunto. Pero esto nos lleva a otro factor más subrepticio y que puede observarse cuando seguimos con atención un tanto reflexiva cada una de las comunicaciones que se exponen en estos múltiples eventos. Es un factor que está relacionado con la esfera cognoscitiva y que atañe por igual a la integridad de prácticas y objetos de conocimiento característicos y definitorios del campo bibliotecológico: la *tensión* entre lo práctico y lo teórico. Tensión que no cohesión. Esto es lo que queda de inmediato manifiesto en cada una de las comunicaciones.

Cada una de las comunicaciones que vemos sucederse en estos múltiples eventos bibliotecológicos denota en su correspondiente propuesta una oscilación entre darle una orientación práctica o un fundamento

teórico. Así hay comunicaciones que indiscutiblemente se decantan por una justificada e inmediata aplicación sin preocuparse por emplear elementos mayormente abstractos. En el otro extremo apreciamos algunas comunicaciones que hacen el esfuerzo por darle una sustentación conceptual y teórica al tema sobre el que versan, que, hay que decirlo, es producto de la importación de un utillaje teórico proveniente de otras disciplinas. Sólo raramente vemos propuestas en las que se intente conjugar de la mejor manera posible ambas tendencias. En esta oscilación entre lo teórico y lo práctico está implícita una disyunción: o lo uno o lo otro, pero no ambos; de ahí que estemos hablando de una polaridad signada por la tensión (que a decir verdad en la mayoría de los casos se resuelve a favor de lo práctico).

Más allá de ser esto una mera decisión de opciones que deben elegir los ponentes para sustentar sus comunicaciones, la tensión entre práctico y teórico pone en evidencia una problemática más profunda, que incide tanto en lo epistemológico como en el desenvolvimiento global del campo bibliotecológico; o, más exactamente, en la conjunción de estos dos aspectos. Enunciamos entonces la problemática que se busca aquí dilucidar: la tensión entre lo práctico y lo teórico es la expresión del desgaste de una orientación epistemológica de raigambre positivista que ha prevalecido hasta ahora de múltiples formas en el desenvolvimiento cognoscitivo de la disciplina bibliotecológica. A su vez este desgaste epistemológico pone en evidencia que el campo bibliotecológico ha llegado al límite de su fase de constitución, caracterizada por su conformación precientífica. Pero al llegar a esta frontera se torna necesario replantear íntegramente los supuestos epistemológicos del campo, para que éste pueda pasar a la fase de autonomía; es decir, a la de su completa científicidad. Fase en la que de forma orgánica y sistemática se conjugan la teoría y la práctica. Mas para que todo esto pueda llevarse a cabo es necesario replantear la *ruptura epistemológica* con respecto a la fase de constitución.

Desde el momento en que para darle cauce a esta problemática se enuncia el venerable concepto de ruptura epistemológica, de inmediato queda sobredicho el nombre de aquel que lo enunció, el gran epistemólogo francés Gastón Bachelard. Siguiendo las líneas centrales sobre las que él funda tal concepto, plantearemos para hacer la

propuesta que aquí se busca establecer. Pero hagamos antes algunas puntualizaciones preliminares.

La epistemología de Bachelard es parte central de una de las principales tendencias de la epistemología francesa, que conforme fue recibiendo los aportes de otras teorías como las de Cauguilhem, Althusser, Foucault, Bourdieu y otros más, acabó por constituirse y definirse plenamente como la *epistemología constructivista*. Y en cuanto tal en la corriente epistemológica francesa más innovadora. En la medida que ha traspasado las fronteras de Francia para propagarse internacionalmente, la epistemología constructivista ha mostrado sus atributos y con ellos su poder explicativo sobre el proceso de conocimiento en la ciencia. Ofrece así una alternativa ante otras epistemologías, sobre todo de raigambre positivista, que han evidenciado limitaciones en el orden explicativo al abordar ciertos aspectos del proceso de conocimiento científico. Los innovadores conceptos creados por Bachelard tienen como finalidad explicar el auténtico proceder cognoscitivo de los científicos, a contramarcha de aquellas filosofías que crean una epistemología ficticia, puesto que pretenden decir cómo debe ser el conocimiento científico y no cómo es en realidad: se trata de instaurar una auténtica epistemología científica y para científicos. Ahora bien, la fuerza explicativa de los conceptos bachelardianos se sustenta sobre una especial concepción del tiempo, la cual en sí es una crítica directa de la concepción lineal y homogénea de la temporalidad positivista. Para Bachelard el tiempo es discontinuo, puesto que es un entramado de instantes, no un *continuum* lineal. Cada instante es una totalidad integrada en acto; por lo que cada instante tiene sentido por sí mismo. La continuidad del tiempo sólo es aparente puesto que no es más que una distorsión óptica que oculta la discontinuidad de los instantes. Semejante concepción del tiempo es medular para la legibilidad del concepto de ruptura epistemológica porque el tiempo tiene como fundamento la discontinuidad. Lo que a su vez nos permite comprender su pertinencia para dar explicación del proceso cognoscitivo en bibliotecología.

Bachelard explica que la temporalidad discontinua es la que caracteriza el avance de la ciencia, la cual se desenvuelve en aproximaciones a la realidad. La *primera aproximación* es la que define la etapa

precientífica. Esta etapa implica una ruptura epistemológica respecto al conocimiento meramente empírico para darle una elaboración abstracta, pero ahí sigue predominando lo empírico por eso el carácter precientífico de la primera aproximación, la cual, por lo mismo, es una totalidad integrada en acto. Esto significa que no existe una continuidad con la *segunda aproximación* de la ciencia a la realidad, puesto que ésta se define por su íntegra construcción teórica; es decir, por su completa elaboración abstracta con lo que lo empírico pierde toda significación: lo que define la plena cientificidad. Así la segunda aproximación es también una totalidad diferencial respecto a la primera aproximación, de ahí la discontinuidad que media entre ambas.

Esto ya comienza a dar razón del desenvolvimiento del campo bibliotecológico, puesto que actualmente se encuentra, de acuerdo a mi conceptografía, en la fase de constitución que es equivalente a la primera aproximación; es decir, precientífica. Fase que ha llegado al límite de su desarrollo, por lo que ante esa frontera lo que procede es la ruptura epistemológica para acceder a la segunda aproximación, la fase de autonomía, para así estatuirse como un campo científico de conocimiento. Lo que implica una discontinuidad entre ambas fases del campo bibliotecológico.

Ahora bien, el concepto de ruptura epistemológica es considerado como el gran aporte de Bachelard y es por ello que ocupa un lugar estratégico en la epistemología de este teórico francés. De hecho tal concepto es complementario del concepto de *obstáculo epistemológico*, sobre el cual no ahondaré aquí, pero ambos en conjunto son los pistones de tal epistemología. Veamos brevemente en qué consiste el célebre concepto bachelardiano de ruptura epistemológica en cuanto a sus características y dinámica cognoscitiva.

Bachelard explica que la ciencia avanza a partir de la permanente rectificación que hace de sí misma. La mecánica que conduce a la ciencia a una constante corrección se debe al hecho de enfrentar los errores que ella misma genera en su desenvolvimiento cognoscitivo. Cabe señalar que las epistemologías de cuño positivista evaden el problema del error ya sea dejándolo de lado o simplemente negándolo. Contrariamente para Bachelard el error es un componente inherente e indispensable de la ciencia; puesto que es un indicador de que se ha

seguido un camino equivocado que es necesario rectificar, y emprender un camino diferente. La racionalidad científica, que lleva a cabo el desenvolvimiento cognoscitivo, puede también ser fuente de error y no es infalible sino que está siempre propensa a la equivocación. Sin embargo, aunque esto no lo considere en absoluto Bachelard, podemos añadir que también las resistencias que ofrece el objeto al tratar de ser conocido propician igualmente el error. Puede decirse que el error surge tanto en el pensamiento como en el objeto cuando en ellos hace acto de presencia lo empírico. Conforme los errores se acumulan acaban por convertirse en un “tejido de errores tenaces”, lo que anuncia una *frontera epistemológica*; esto es, un punto límite de la etapa de la ciencia que en ese momento prevalece. Esa frontera signada por los errores sólo puede ser superada a partir de la puesta en marcha de la ruptura epistemológica. Para lo cual la racionalidad científica hace uso de los *actos epistemológicos*.

La ciencia emprende el proceso de conocimiento por medio de los actos epistemológicos, los cuales constituyen el despliegue de técnicas y conceptos que se proyectan sobre el objeto para conocerlo y transformarlo. La ciencia se sirve de la técnica como instrumento de acceso inmediato a la realidad para intervenir en sus procesos de manera activa. Pero la ciencia no se satisface solamente con el mero uso de la técnica, de lo contrario no sería ciencia; requiere necesariamente de la explicación abstracta para dar razón de los fenómenos y objetos sobre los que interviene la técnica. Esa explicación abstracta se reviste conceptualmente, lo que permite el conocimiento de aquello que la ciencia busca conocer. Las relaciones que guardan entre sí las técnicas y los conceptos es lo que marca el desenvolvimiento de la ciencia en sus distintas etapas en su camino hacia la científicidad. En la primera aproximación hay un predominio de la técnica sobre el concepto debido a la fuerte presencia de lo empírico. Por lo que las técnicas marcan las pautas de conocimiento; lo empírico y lo abstracto no acaban de coordinarse y esto propicia la acumulación de errores, hasta que se llega a la frontera que se erige como obstáculo epistemológico.

Llevar a cabo la ruptura epistemológica entre la primera y la segunda aproximación implica que los actos epistemológicos reconstituyen

sus relaciones. Los conceptos ya no trabajan aislados y separadamente sino que se aglutinan para formar sistemas conceptuales, es decir, se conforman las teorías: un conocimiento de carácter general que va más allá de la experiencia inmediata de las cosas particulares. El conocimiento completamente científico es conocimiento plenamente teórico. Lo que conlleva una integral toma de distancia de lo empírico y redundante en que la técnica quede supeditada a lo teórico. La técnica se desenvuelve articulada, justificada y aplicada por la teoría. Debe quedar claro que al hablar de predominio de la teoría no significa teoricismo, esto es, abstraccionismo sin contacto con la realidad, donde lo práctico brilla por su ausencia. Muy por el contrario Bachelard siempre subrayó que lo determinante de la ruptura epistemológica no es la completa abstracción científica en sí misma, sino la consumación de la abstracción en lo concreto a partir de la producción de objetos técnicos “abstracto-concretos”: concretos en cuanto incorporan y ponen en juego abstracciones teóricas objetivas. Cabe subrayar que los objetos técnicos “abstracto-concretos” son algo completamente distinto a los objetos empíricos (que aún se manejan en la etapa precientífica) y ello porque son fundamentalmente objetos construidos por medio de la teoría. Como puede deducirse es por mediación de tales objetos que conjugan lo abstracto y lo concreto como se realiza lo práctico. Objetos característicos y definitorios de un campo de conocimiento que ha alcanzado la plena científicidad; campo autónomo, que ha establecido y consolidado su estatus nomológico.

Una vez hecho este sintético recorrido explicativo a través de la epistemología bachelardiana rastreando el concepto de ruptura epistemológica, veamos ahora su implementación explicativa en el campo bibliotecológico.

El campo bibliotecológico ha llegado al límite de su fase de constitución, lo que implica que arribó a una frontera epistemológica y esto que hace que surjan las preguntas ¿y ahora qué? ¿qué sigue? ¿hacia dónde dirigirse? La respuesta a tales preguntas sólo puede darse cuando se sigue una de las dos opciones que surgen: a) trillar en la misma senda de la fase de constitución (precientífica) o, b) romper con lo hasta ese momento seguido para acceder a la fase de autonomía (científica).

El campo bibliotecológico muy bien podría seguir perseverando en la senda precientífica de la fase de constitución durante largo tiempo o incluso indefinidamente. Pero con ello estaría corriendo el riesgo de quedar varado con respecto a los vertiginosos cambios que las sociedades postmodernas están viviendo, con lo que se incapacitaría a la larga para cumplir con las necesidades sociales de información, y se convertiría en una entidad anacrónica. Por lo tanto el trayecto más viable por recorrer sería alcanzar su autonomía, para lo cual deberá seguir un camino aún largo y sinuoso; comencemos, pues, a vislumbrarlo.

La bibliotecología comienza a estatuirse como una ciencia cuando en los Estados Unidos se crea el sistema de bibliotecas públicas, lo que implicará el inicio de la fase de constitución del campo. Por otra parte todo esto fue resultado de una ruptura epistemológica respecto al eminente empirismo del conocimiento bibliotecario tradicional precedente. De esta manera el campo quedó preparado para cumplir de mejor forma con su vocación de servir a la sociedad.

Como el carácter específico de la biblioteca pública exigía que ese servicio a la comunidad fuera cada vez más eficiente, el conocimiento bibliotecario se decantó hacia lo pragmático y ello redundó en que los actos epistemológicos se vieran signados por el *dictum* pragmático; así las técnicas y los conceptos se empezaron a elaborar en función de la eficiencia empírica. Pero conforme esta orientación se ahondó con el desenvolvimiento mismo de la fase de constitución empezó a manifestarse una equidistancia entre los actos epistemológicos: la técnica quedó cada vez más supeditada a la esfera empírica y ello fue marcando las pautas de desenvolvimiento de esta fase del campo. Por otra parte los conceptos que en un inicio debían dar explicación de la actividad técnica, gradualmente se distanciaron de ésta en la medida que las prácticas y los objetos propios del campo se tornaron más elaborados, así como las relaciones entre ellos, al mismo tiempo que la dinámica de los cambios sociales hizo que el universo de la información se volviera más complejo. Con lo que la elaboración de los conceptos se volvió mayormente abstracta.

Así, por un lado se desarrolló mayormente la técnica siguiendo el llamado de las sirenas de lo empírico, y por el otro lado los conceptos alcanzaron mayor exigencia explicativa abstracta. Pero esa tensión

entre ambos actos epistemológicos por intervención de la inmediatez empírica produjo que la técnica se convirtiera en una rémora y los conceptos quedaron aislados entre sí, bloqueados para conformarse en un sistema orgánico conceptual (a la par de que en el fondo acabaron por supeditarse a la técnica), es decir, en teorías: lo que condujo a la conformación de un denso tejido de errores, que anunciaba la frontera epistemológica propia del límite de la fase de constitución del campo bibliotecológico. En otras palabras, esto sólo significaba que la necesidad de la ruptura epistemológica comenzó a ser una presencia recurrente.

Sucedió que el predominio de la técnica (y con ella la fuerte presencia de lo empírico) quedó ratificado por la estructuración de la mentalidad de los integrantes del campo, quienes comprendieron esto como un “hecho” natural: la técnica es el soporte fundante de la bibliotecología. Cada fase de un campo de conocimiento genera una forma de mentalidad entre la mayoría de sus integrantes de acuerdo con las condiciones cognoscitivas de la fase correspondiente, lo cual contribuye a su cohesión. Por eso la producción del conocimiento, así como las prácticas y los objetos están nimbados por el aura técnica en la fase de constitución del campo, con lo que queda subrayado su desenvolvimiento precientífico. Esto explica parcialmente por qué la bibliotecología se presenta a ojos tanto de legos como de los propios integrantes del campo un tanto ambigua ¿es una mera técnica o una ciencia? Mentalidad técnica como correlato de una producción de conocimiento signada técnicamente. A la fuerte presencia empírica se añade el predominio técnico en los diversos ordenes del campo y todo ello viene a ser fuente de errores. No puede soslayarse el hecho de que esta dimensión de la mentalidad orientada técnicamente es un obstáculo más difícil de remover por el profundo arraigo que tiene en la conciencia. Pero la ruptura epistemológica ha de rectificar integralmente toda esta clase de errores.

La ruptura epistemológica debe ser conducida por la toma de conciencia de su necesidad y ello implica la asunción de que la producción del conocimiento que realizan los integrantes del campo en la fase de constitución habrá de superar los errores en la comprensión de los objetos que se estudian y que le han obstruido el paso a una formulación teórica, sistemática y consistente.

Para llevar a cabo la ruptura epistemológica se ha de tener acerada la voluntad de la construcción teórica. Aquí construir implica iniciar un proceso racional en que el objeto bibliotecológico es producto de una completa elaboración —construcción— teórica, con lo cual lo empírico se torna secundario. El objeto empieza a ser construido cuando se parte de supuestos teóricos que se depuran, amplían y profundizan conforme se avanza en la elaboración del objeto. Cuando se llega a la completa construcción del objeto se manifiesta en todos sus órdenes la fundamentación teórica. A su vez, el objeto construido teóricamente se convertirá a sí mismo en un supuesto teórico del que partirá la construcción teórica de otro objeto de conocimiento bibliotecológico. Paralelamente a esa construcción teórica del objeto se da la sustentación teórica de esas prácticas que llevan a cabo tal construcción. Lo anterior significa que los actos epistemológicos rearticulan su relación para emprender así la ruptura epistemológica que conduce a la científicidad del campo bibliotecológico: lo técnico se supedita a lo conceptual y los conceptos se aglutinan para formar sistemas conceptuales, que son las teorías.

Ahora bien, esta ruptura epistemológica que debe conducir hacia la construcción teórica puede hacer creer, considerando la actual fase de constitución del campo bibliotecológico signada predominantemente por lo empírico y lo técnico, que ello cancela la dimensión de lo práctico. Ante lo cual, lo primero que cabe decir es que existe una distinción clara entre lo pragmático y lo práctico; la construcción teórica deja de lado lo pragmático para entroncar y realizarse en lo práctico. Para ello la auténtica dimensión teórica encuentra cauce en la construcción de los mencionados objetos técnicos “abstracto-concretos” que incorporan y hacen funcionar abstracciones teóricas objetivas. A través de tales objetos la técnica es fundamentada y guiada por los conceptos; es decir, la teoría, para llevar a cabo lo práctico. Con lo que la vocación de servicio esencial al campo bibliotecológico se realiza plenamente.

Así, lo concreto a lo cual se ha arribado después del arduo recorrido teórico, es una realidad compleja que está en la antípoda de la realidad simplificada del empirismo: complejidad que produce exigencias y necesidades intrincadas de información que, por lo mismo, deben

Memoria del 5º Seminario Hispano-mexicano...

ser satisfechas de manera igualmente compleja por vía científica. Conclusivamente puede decirse que la construcción teórica propia de la fase de autonomía es la que mejor puede llevar a cabo la vocación de servicio social de información del campo bibliotecológico. La ruptura epistemológica abre así el camino hacia la realización científica de la bibliotecología.